

28/10/1979

Yo secuestré al «Santa María»

El comandante Sotomayor cuenta la aventura de un grupo de españoles y portugueses ■ Con este acto de piratería se pretendía iniciar un movimiento contra las dictaduras de España y Portugal ■ El director político de la aventura fue el capitán Galvao ■ Después de cuarenta y un años, el ex oficial de la Marina española ha vuelto a su pueblo gallego

El 22 de enero de 1961, como si la historia hubiera retrocedido a tiempos de filibusteros y piratas, se produjo un hecho inusitado que dejó perpleja a media humanidad: el paquebote de 20.960 toneladas «Santa María», el orgullo de la flota portuguesa, que con 600 pasajeros y 360 tripulantes había partido de La Guaira —Venezuela— con destino a Florida, fue secuestrado por una partida de lictores armados, españoles y portugueses, al mando del capitán Enrique Carlos Galvao.

La operación había costado una víctima, un oficial del buque, que opuso resistencia a los asaltantes, y fue liquidado de un certero disparo.

Tras una serie de peripecias, la aventura terminó en Recife. El presidente brasileño Janio Quadros recibiría a los secuestradores como a unos auténticos héroes e iba a concederles asilo político.

La aventura del «Santa María» quedó ligada para siempre al nombre de Galvao, aunque en realidad otro sería el cerebro y aún el auténtico jefe militar de la operación.

Galvao era capitán de Caballería. Bien poco, pues, podría saber de dirigir un buque, y menos un transatlántico del porte del secuestrado. El militar portugués fue el director político de la aventura y un gallego, un antiguo oficial de la Marina de Guerra republicana, el auténtico jefe militar, el comandante Sotomayor.

El oficial lusitano había sido, en tiempos, partidario de Salazar e incluso ostentó el gobierno de una provincia de Angola, desde el que se pasó a la oposición. Escribió entonces una serie de panfletos en contra del régimen colonial, disimulado bajo la apariencia de unos territorios ultramarinos —provincias de ultramar, como se llamaba oficialmente en Portugal a las colonias— y sustentado sobre la represión política y el terror.

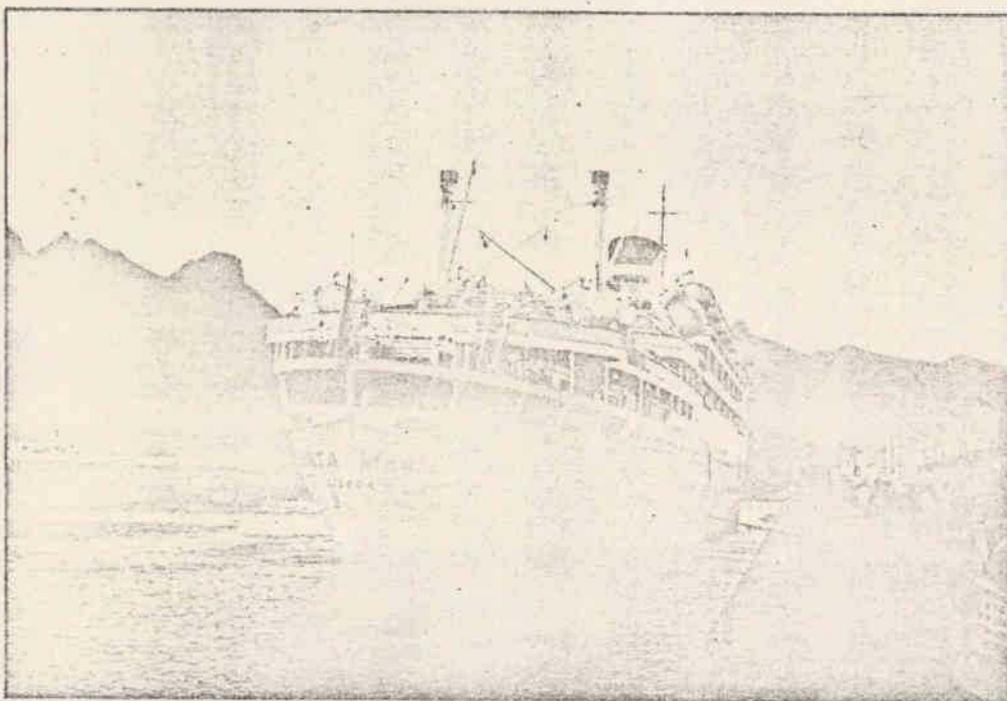
Más tarde se sabría que el secuestro del «Santa María» había pretendido ser el primer eslabón del movimiento insurreccional contra la metrópoli. De suyo, poco después del suceso estalló la rebelión en Luanda.

De José Fernández a Jorge Sotomayor

El secuestro del paquebote portugués y los sucesos que en torno al mismo se desarrollaron fueron una operación de recambio, ya que los proyectos iniciales de los comandos españoles apuntaban en otra dirección: un barco de bandera española y el inicio de una sublevación en alguno de los territorios coloniales que entonces estaban bajo nuestra jurisdicción.

Como la historia ha podido comprobar ahora, de la parte de uno de sus más directores políticos, José Fernández Fernández o Jorge Sotomayor, el comandante de la aventura, este gallego de cuarenta y cinco años, acerbamente bien conservado, que ha vuelto al solar que le vio hacer cuarenta y un años después de haberse marchado.

En ese espacio, este aventurero, mitad idealista, mi-



El buque «Santa María», secuestrado el 22 de enero de 1961

tad hombre pragmático, ha tenido tiempo de casi todo: hizo y perdió una guerra civil, fue guerrillero en España, organizó maquis en la Francia ocupada por los alemanes, fue capturado y se brevió al campo de Auschwitz, participó en media docena de revueltas y revoluciones en países sudamericanos, estuvo en Cuba, conspiró contra las dictaduras de la península Ibérica y organizó y dirigió el secuestro del «Santa María».

Y ahora, como un pacífico jubilado que disfrutara de su retiro, ha venido a visitar los lares que le vieron correr cuando niño.

Toda una tarde estuve hablando con Sotomayor de sus aventuras. Nadie podría sospechar, mientras paseamos bajo una lluvia pertinaz y penetrante, que este viejo, que no lo es tanto, ha vivido una de las existencias más agitadas que pueda uno imaginarse.

Hablamos de casi todo,

pero hay un tema sobre el que se muestra singularmente reservado: la situación política de España.

—Ahora soy un hombre tranquilo, pacífico y respetuoso con la Constitución de la metrópoli— me dice con cierta sorna, arrastrando la última palabra con retintín.

De lo del «Santa María», que para mí fue una aventura más, Galvao se llevó la fama; pero la verdad fue bien diferente. Ya la he contado en mi libro «Yo robé el Santa María» —confiesa insistentemente el guerrillero.

Hasta llegar a lo del transatlántico lusitano hay una larga caminata en la vida de este personaje.

El guerrillero

Nacido en A Póboa do Caramiñal, en el seno de una familia burguesa, sus inquietudes de mocedad lo llevan al Partido Socialista Obrero Español, del que saldrá desilusionado. En las elecciones municipales de 1931 ganan los candidatos

monárquicos y de la derecha, a pesar de lo cual, Sotomayor y otros jóvenes inquietos toman la Casa Consistorial y constituyen el comité revolucionario. El gobierno civil, republicano, les obliga a entregar el Ayuntamiento a los concejales electos. Del PSOE pasa al Partido Comunista, pero todavía le quedan estrechos los márgenes de la República. En un mitin ataca a la Guardia Civil, cuya disolución solicita por entender que es un símbolo del pasado. El discurso le vale una condena de destierro —que no cumple— y 2.500 pesetas de multa... de las de entonces.

El inicio de la sublevación del 18 de julio le sorprende en Villagarcía de Arosa, y en un primer momento organiza la resistencia en A Póboa do Caramiñal. Derrotado, huye con 42 compañeros a los montes de Barbanza, donde organiza la guerrilla.

Tras ser perseguido sin tregua, la partida se desha-

ce. Sotomayor y siete más se arriesgan a entrar en Portugal, de donde salen con ayuda del Frente Popular Antisalazarista, para conseguir llegar a Burdeos en un barco.

En Barcelona, el guerrillero se incorpora a la Marina de Guerra de la República y cose en sus bocanangas los galones de teniente de navío. En agosto de 1938 es enviado a Francia en misión oficial, donde le sorprenderá el fin de la guerra.

Pero la tranquilidad va a durar poco, porque la invasión de Francia por Alemania pone nuevamente en pie de guerra a los exiliados españoles, y en el caso concreto de nuestro hombre, le acarrearán nuevas responsabilidades en la organización de la resistencia.

En 1942 Sotomayor cae en poder de la Gestapo y es enviado al campo de exterminio de Auschwitz. Sobre su experiencia en este lugar el «comandante» aporta un nuevo dato muy revelador:

—La mayoría de la gente ignora que los miles de esclavos que padecemos en aquel infierno no trabajábamos exactamente para el Reich, sino para una firma alemana concreta: una empresa química del gran capital, tan inimado por los nazis y que, según mis noticias, todavía existe: la I. G. Farbe Industrie.

Cuando los rusos liberan el campo —o la serie de campos, más exactamente, que constituyen la organización de Auschwitz—, Sotomayor pesa 37 kilos. Pero sus desgracias no terminan ahí, ya que meses después, en Berlín, sufrirá un breve internamiento en el sector norteamericano, tras haber permanecido unas semanas con los rusos.

Los objetivos del Directorio Ibérico de Liberación (DRIL), según Sotomayor, eran llamar la atención del mundo sobre la península Ibérica y provocar el aislamiento de los regímenes hermanos de Franco y Salazar. Pero aún más, se pretendía poner en marcha un movimiento insurreccional en alguno de los territorios ultramarinos de Africa, fomentando el nacionalismo de las colonias, para que este hecho tuviera una inmediata repercusión sobre las respectivas metrópolis en la aceleración de la caída de las dictaduras.

En el caso de Portugal, muchos años después, este esquema llegaría a reproducirse con importantes modificaciones, aunque es evidente que el desgaste producido por las interminables guerras contra los movimientos nacionalistas determinaron el nacimiento de una conciencia proclive al golpe en las mentes de los capitanes de abril, todos ellos veteranos combatientes en Angola o Mozambique.

—El secuestro del «Santa María» fue una operación alternativa, puesto que el proyecto inicial se centraba en el secuestro de un buque español, el «Sairéstequio» o el «Virginia de Churrucua». Tras apoderarnos del barco nos dirigimos a Fernando Poo, lugar ideal por la escasa guarnición española, y desde allí se pondría en marcha una rebelión contra Franco. Contábamos con el factor sorpresa y con información suficiente para tener asegurado el éxito de la operación. Caso de fracasar, no era tan difícil escapar, asegurándonos la ayuda de otros movimientos de resistencia, entonces muy florecientes en Africa.

—¿Por qué se cambiaron los planes?

—Aunque los españoles fuéramos un peso específico determinante dentro del DRIL, Galvao y Delgado hicieron sus planes a nuestras espaldas de acuerdo con el resto de los portugueses. El asalto de un buque español estaba prácticamente decidido. El comando estaría formado por 24 hombres, doce españoles y doce portugueses. De los primeros, la mayoría éramos gallegos. Un buen día Galvao nos vino con el cuento de que su gente no estaba dispuesta a tomar por asalto un barco de bandera española y alegaban



El capitán Galvao es entrevistado a bordo del «Santa María» rumbo a Recife

(Continúa en la pág. 11)

NO SECUESTRE A «SANTA MARIA»

(Viene de la pág. 9)

que, caso de fracasar, había que tener en cuenta que en Portugal no existía la pena de muerte, pero en España sí. No hubo más remedio que avenirse, sin sospechar que, en realidad, estaban utilizándonos para sus propios objetivos.

La operación «Dulcinea»

El comando que se proponía el secuestro del «Santa María» bautizó a la operación con un nombre de profundas resonancias: «Dulcinea». ¿No eran acaso unos quiñotes?

Camilo Tavares, locutor de radio y hombre de confianza de Galvao, había embarcado como pasajero en el «Santa María» en el viaje de La Guaira a Miami para reconocer el sistema de vida a bordo. En La Guaira se embarcó el grueso del comando y Galvao con su grupo subieron en Curaçao.

—El 21 de enero de 1961, a las ocho y media de la tarde, salimos de Curaçao. Según mis cálculos, a la una de la madrugada del día siguiente el buque habría alcanzado una posición alrededor de las setenta millas al noroeste de la isla. Sería el momento ideal para apoderarnos del paquebote: el pasajero dormiría, los bares estarían cerrados, la tripulación descansando y sólo había un pequeño efectivo de guardia. No podía fallar. Pero hubo problemas de última hora: faltaban armas. Galvao se permitió introducir una serie de modificaciones sin consultarme e incluso se armó de unos aires que no corresponden al miembro de un comando. Una hora antes del asalto todavía las vacilaciones eran muy graves. Las cosas empezaron bien. Galvao, el capitán de Caballería Galvao, me hacía una serie de advertencias y recomendaciones pretenciosas a mí, marino de guerra profesional. No respetaba lo pactado. ¿Qué pasaría cuando la operación se hubiera consumado y comenzase a actuar como jefe político del secuestro? Como la posición de Galvao era muy impertinente, le amenacé: «Si usted es capitán de Estado Mayor, tome la nave con su gente, si puede. Nosotros no intervendremos», le espeté, dejándolo muy sorprendido. Poco después se confirmó que la mayoría de los portugueses también estaban con nosotros. Galvao tuvo que dar marcha atrás y reconocer que yo era el jefe de operaciones y que el asalto debería realizarse de acuerdo a mis planes y bajo mis órdenes.

—¿Cómo fue el asalto?
—No hubo más contratiempo que la resistencia de un oficial. Fue un error su muerte. Le dimos a Salazar un martir. En realidad no queríamos que hubiera derramamiento de sangre. El comportamiento del oficial, dada la situación, fue poco inteligente. Se tomaron los puntos clave: puente de mando, estación de radio, camarotes de oficiales y sala de máquinas. Me sorprendió la tranquilidad de la tripulación. Es más, creo que algunos hombres de la marina, situados en puestos clave, llegaron a colaborar de buen grado con nosotros. Nuestra mayor preocupación era mantener la tranquilidad del pasaje y evitar el histerismo. Hubo, como ya, anécdotas sabrosas: los gallegos de a bordo formaron una comisión que vino a complimentarnos.

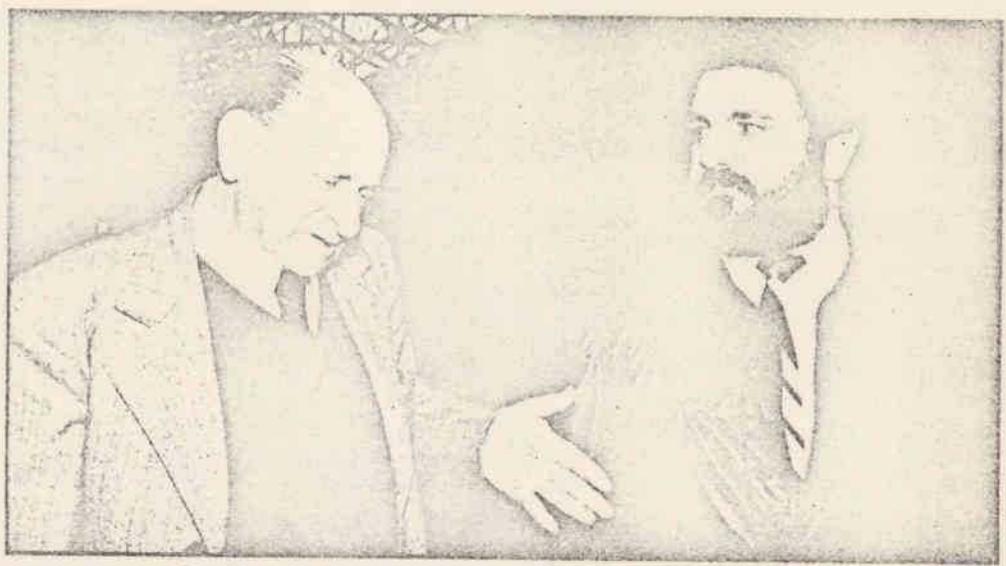
Y el Caribe volvía a ser

escenario de un acto de piratería, según la noticia que pocas horas después daba la vuelta al mundo.

Buena información a bordo

El «Santa María» pasó a llamarse «Santa Libertad» y se puso el nombre en portugués, «Santa Liberdade». Por los altavoces se hacía escuchar, al final de cada parte, el «Himno de Riego» y «María da Fonte», canción revolucionaria portuguesa —todavía estaba lejos el «Grandola Vila Morena». Para evitar cualquier reacción entre el pasaje se hizo correr la voz de que había comandos del DRIL camuflados entre los viajeros.

«Mientras el pasaje estaba tranquilo, los tripulantes tenían miedo, y hasta los pasajeros norteamericanos, al saber que no éramos comunistas, sino antifascistas, se mostraban abiertamente amistosos hacia nosotros. Pero teníamos otras preocupaciones en que pensar. Estados Unidos estaba cerca, muy cerca, y desde cualquiera de sus bases en la región del Caribe podían enviar una escuadrilla de interceptación. Además, Portugal era —y es— miembro de la OTAN y los bramidos de Salazar iban a tener eco en la organización. El objetivo del viaje se fija en dirigir el «Santa Libertad» hacia la República de Guinea o de Ghana, después de cruzar el Atlántico, teniendo en cuenta la posición contraria al colonialista portugués de estos países. Galvao aceptó esta salida, aunque impuso la condición de que si no era



Don José Fernández, el comandante Sotomayor, con el autor de esta entrevista

El mundo se divide

La aventura ha trascendido ya. Varios países miembros de la OTAN responden a la llamada de Salazar, y España, por su parte, envía al renqueante y viejo «Canarias» en misión de interceptación. Los laboristas británicos sostienen que el secuestro trasciende de un mero acto de piratería, dado su sentido político, y consiguen que la Royal Navy cese la persecución. Un almirante holandés refuta, en conferencia de prensa, la acusación de piratería lanzada por Salazar. De Gaulle asegura que si el barco entra en puerto francés será devuelto a sus propietarios y los comandos internados.

Pero el presidente Kennedy se pone abiertamente al lado de Salazar.

Entonces, el diplomático brasileño Alvaro Lima manifiesta en la prensa: «Si Esta-

Denninson. Nuestra respuesta fue rotunda: «¡Mierda! no recibimos órdenes de nadie! Galvao, más tranquilo que yo, advirtió entonces que estábamos dispuestos a hundir la nave, caso de ser atacados. El barco valía 18 millones de dólares y, ¡qué curioso!, la mujer de Franco, Carmen Polo, y su cuñado Nicolás tenían un importante paquete de acciones en la compañía propietaria.

La entrevista con los americanos

Hubo muchas y diversas peripecias durante el «paese» del «Santa Libertad», seguido de cerca por los aviones del almirante Denninson, jefe de la flota del Atlántico. Hasta una entrevista entre los secuestradores y el mando naval USA, que rodeó al paquebote con un espectacular despliegue de buques de guerra. «Los americanos venían

norteamericanos. Cuando el contraalmirante y su gente se marcharon, organizamos una conferencia de prensa con un grupo de periodistas llegados ex profeso al lugar de la cita. A partir de este momento los acontecimientos se precipitaron. Estábamos rodeados por buques de guerra de diversos países por todos los lados. El «Canarias» y otros barcos españoles y portugueses venían hacia nosotros; por fin, el Presidente de Brasil, Janio Quadros, confirmó que nos concedía asilo político. Al conocer la noticia, organizamos una fiesta para el pasaje. Los salones fueron adornados con las banderas de Portugal y de la República Española.

«Pero todavía habrían de pasar muchas cosas antes del final definitivo de la aventura, incluida una visita al barco del general Humberto Delgado.

tripulantes habían dejado la nave sin corriente y todas las llaves de agua potable abiertas. Los frigoríficos, donde se guardan dos cadáveres (el oficial y unaseñora muerta en Caracas), no tienen fluido eléctrico. El agua entra en la sala de máquinas por la bocina de los ejes de las hélices.»

El final de la aventura

Al final, el «Santa Libertad» o «Santa María» fue entregado a la Marina de guerra brasileña, en un acto muy ceremonioso y rimbombante, de acuerdo con las exigencias del comando del DRIL. El 3 de febrero de 1961, Galvao y Sotomayor, transfieren el poder del buque a un almirante de la Marina brasileña. Fusileros de la Armada y soldados del DRIL, con su uniforme caqui, presentan armas; la bandera lusitana es arriada de la popa y se iza la brasileña.

De repente, el almirante

Dias Fernandes habla: «Recibo como un gran honor y con profunda emoción, provocada por vuestro heroísmo y bravura, dignos de épocas legendarias, el navío «Santa María», que vosotros habéis bautizado «Santa Libertad».

Los revolucionarios depone

las armas sobre una mesa. «Pero nos quedamos unas cuantas pistolas como medida de precaución —confiesa Sotomayor—. Por si acaso. No sabemos cuántas provocaciones deberían resistir de la PIDE portuguesa o de los servicios gemelos de España. Cuando descendemos del «Santa Libertad» hacia el remolcador que nos debe llevar a tierra, doscientas voces entonan a coro «La Marsellesa».

Cuando nos alejamos, echo una mirada al «Santa Libertad», que se va alejando de mí.»

Y José Fernando Fernández, el comandante Sotomayor, va a perderse en América latina, dispuesto a enrolarse en otra aventura en la que se defiende una idea. La misma que le bullía en su mente cuando era joven en su pueblo gallego.

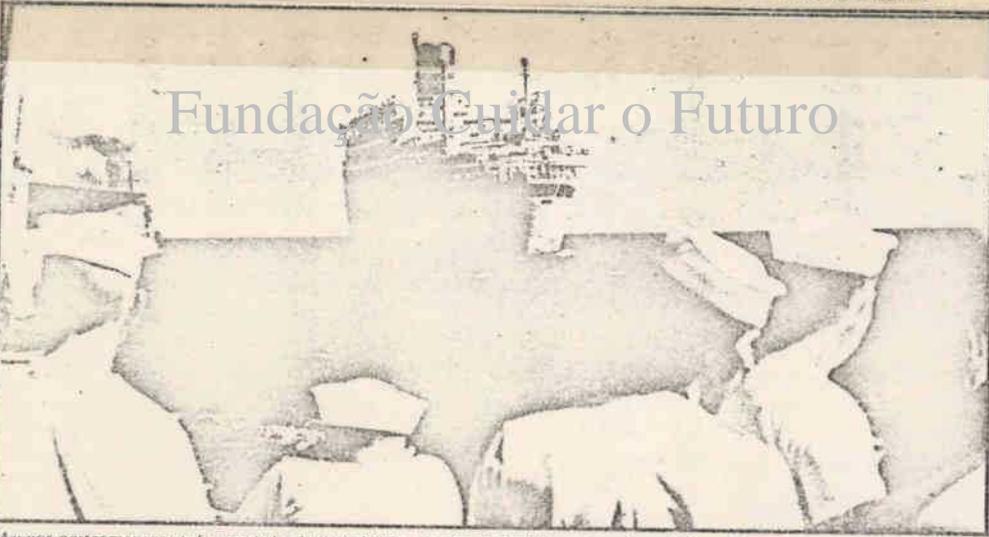
Ahora, cuarenta y un años después de haberse marchado de su país y a dieciocho de la aventura del «Santa María», el veterano guerrillero ha vuelto a sus lares.

—¿Sirvió para algo el secuestro del «Santa María»?

—Le pregunto.

—Sí —responde sin vacilar—. Fueron denunciadas ante el mundo las dictaduras de la Península Ibérica, y las fuerzas progresistas y democráticas de todos los países pudieron mostrar inequívocamente su solidaridad con quienes luchaban dentro y fuera de los dos países contra Franco y Salazar.

Fernando Ramos



Miembros norteamericanos de uno de los buques de la escuadra de EE. UU. contemplan al «Santa María» poco antes de que entrara en el puerto brasileño de Recife

posible entrar en algún puerto de aquellos dos países africanos, nos refugiáramos en Brasil», relata Sotomayor.

El «Santa Libertad» entró en el puerto de Santa Lucía a dejar a los dos heridos de bala registrados durante el asalto. Fue ésta una operación arriesgada, pues cuando el buque que traslada a los heridos y al médico llegan a tierra y den parte a las autoridades británicas del secuestro, sólo la pericia del comandante Sotomayor permitiría al paquebote hacerse en pocos minutos a la mar.

Los próximos días, el «Santa Libertad» jugará al gato y el ratón con la escuadra norteamericana y los aviones de reconocimiento, haciéndoles creer que su rumbo era Cuba. Era lógico pensarlos, pero el barco, con las luces apagadas, abandona el Caribe y se interna en el Atlántico.

dos Unidos y la Gran Bretaña cometen el error de ponerse del lado de la dictadura del doctor Salazar, que ya está condenada, y entrega a las autoridades portuguesas al valiente capitán Galvao y a sus compañeros, yo revelaré los planes relativos al establecimiento de bases militares en Portugal y España por parte del Pentágono.

El día 25, a pesar de haberse cruzado con un mercante holandés que descubre su posición, el «Santa Libertad» todavía no ha sido localizado por los aviones norteamericanos, aun cuando saben que navega hacia África Central. Al día siguiente, la aviación USA efectuará el primer contacto.

«El piloto del avión — cuenta Sotomayor — nos «ordenó» a través de la radio dirigirnos al puerto de San Juan de Puerto Rico, de acuerdo con las instrucciones de un tal almirante

en zafarrancho de combate, con siete buques cuyos cañones nos apuntaban. Como oficial de la Armada española, yo sabía lo que se hacía. Así que les advertí por radio que depusieran aquella demostración, porque si no, no recibiríamos a bordo al contraalmirante Allen Smith, que venía a parlamentar.

Estábamos a 35 millas de Recife cuando el marino americano aborda nuestro buque. La entrevista fue muy tensa y hubo que parar los pies a los americanos. Teníamos la garantía de Janio Quadros, de cuando era candidato a la presidencia de la República de Brasil, de que nos ayudaría a luchar contra las dictaduras ibéricas. Así que las presiones de los americanos no nos inquietaban. En último extremo nos refugiáramos en Brasil. Los yanquis insistían en que deberían escoltar el buque para garantizar la seguridad de 46 pasajeros

Por fin, el «Santa María» o «Santa Libertad» entró en Recife, totalmente empavesado y con la bandera del DRIL (tres franjas horizontales: blanca, amarilla y negra) ondeando a todo trapo. Cuando los pasajeros desembarcan, en cada pasaporte se estampa el sello del DRIL. Pero entre el desembarque de los pasajeros y los tripulantes estuvo a punto de producirse una tragedia, ante el intento de algunos oficiales de aprovechar la situación para recuperar el barco. No hubo nada y todo se desarrolló con normalidad. Es más, algunos tripulantes nos dieron las gracias por nuestro comportamiento con lágrimas en los ojos y nos pidieron perdón por no haberse pasado a nuestro bando.»

«Nos quedamos solos a bordo los veinticuatro miembros del comando. El barco estaba hecho un asco. Antes de abandonarlo, los

Fundação Cuidar o Futuro

